

Luz De Gas

Luz De Gas

Presentado por

Poemas del Alma 

Índice

Azul

Dilo

Arrecifes

Cosmos

Claro, pasa

Todo

Binomio

Célula

Duelo

Sacrificio

Inmóvil

Lava

Me arabeas

Red Velvet

Chim, Chimenea.

La cotidianidad del verso

Levantera

Un sentir de inexistencia

Tu elemento

Aparejos

Astillas

Sigue

Pentagonía

Todo no es de color

Bóreas

Desorden

Sacrílega

Esa foto

Brea

Cenizas

No hay tregua

Al tuyo, al mío

Heridos

Tiempos que son presente

Axón

Fotograma

Castañas

Purgatorio

Vere dies mortuus est

Miedo

Letológica

Oda a un kilómetro de estos

11

Tarde

Sonata blanca

Alondras

Nada por aquí...

Soleá, dame la mano

EN QUÉ TIERRA

Banda magnética

"Cae fina la lluvia"

Pesa el tiempo

Trabando Lenguas

Seguiriyas Biensonás

Ayeo de Soleares

Ciempíes

Cianosis

Iconoclasia

Peut-être

Quejumbre

Talón

Corre el agua

No soy poesía

Tirititrando

Óxido

Vísceras

ABSOLUTISMO

Paraísos Encontrados

Tragaluces

Jefté

Rondar un año

Fandangos encajonaos

Y sin embargo?

Agenda

Japonea

REX

ÁNADES

PALPITA

Números Primos

VIERTEAGUAS

Lámpara de sal

VIEJA

Azul

Me llenas de azul.

Hueles a relente en la mañana,

a lágrimas de estrellas

tumbados en la hierba a los pies

de cualquier autocaravana;

a pelo de sal y rizos de arena.

Eres ola y levante, brisa pausada,

luz inagotable, ocaso naranja.

Me vuelves la vida julio.

Me averanas.

LuzDGas

Dilo

Di mi nombre. Deja que tus labios lancen el sonido al viento;
que atraviere el tiempo, el olivo,
y el trigo; que lo moje el agua
de la acequia y baje en el cauce del río;
que lo roce el sol, la noche, la torre.
Deja que huelga a naranjo
y llegue a mí forjado a poema.
Dilo.
Luz De Gas

Arrecifes

Todo el rugido del mar se encierra
en el susurro de tu voz ahuecada
y llega a mí envuelta
en el eco sonoro
de una ola que vagabundea errante,
sin rumbo, confesándome
al oído los secretos
que esconde el coralino fondo
de tu inconmensurable océano.

Luz De Gas

Cosmos

Qué importa cómo empezó
si eres el principio del que parten
todos mis caminos.

El mundo comienza en el alfa de tu nombre,
recorre, gira, se expande sigiloso
hacia un omega de paraísos dérmicos
inagotables inundando todos mis espacios
impunemente.

Tú.

Epicentro, vórtice y origen.

Luz De Gas

Claro, pasa

Todo surge en un segundo:
una sonrisa, una palabra,
un pensamiento, un guiño,
un mensaje, una llamada,
un "¿hablamos?", un sonrojo,
un "¿te llamo?", un "Me encantas",
un momento "¿qué hay de malo?",
otro de bajar la guardia,
otro de "¿cenamos juntos?",
un "¿me quedo?",
Rendición: un "Claro, pasa".
Luz De Gas

Todo

Eres infinito. Nunca te acabas.

Me alargas, me rodeas, me concluyes.

Me todo.

Te esparces en partículas de aire,
en cantos rodados de tierra,
en saladas gotas del mar sempiterno.

Tu centrismo sacrílego me condena.

Te sueño, te pienso, te siento, te espero.

Te todo. Todo. Tú.

Luz De Gas

Binomio

No importa quién eres, qué somos,
sólo sé que late mi existencia.

No nombres, no definas,
no límites ni acotes lo sentido
contenido en el espacio finito
de cualquier continente.

Ya no hay definición más allá de la piel
para este binomio.

Y la piel no sabe de identidades.

Luz De Gas

Célula

Desde que existes
el mundo se me volvió peligro.
Todo es aguijón a punto de picarte
y yo la piel expectante que
recibe el veneno.
Tu escudo, tu hombro,
tu paño, tu alimento.
Eres yo y tuya. Eres tú y mío.
Célula amitósica.
Dos en mí. Uno en dos.
Biunidad indivisible.

Luz De Gas

Duelo

Qué poco dura el tiempo en
la memoria de los duelos.
Qué fácil se desprende el barniz
del orgullo cuando vuelve a rascarlo
el olor de tu llegada.
Aguardaba confiando en que no tirarías
mis defensas, que perdurarían alzadas.
Y que poco han tardado en entregarse.
Mercenarias.

Luz De Gas

Sacrificio

Tu espalda me da la espalda.
Se alza altiva ante mis ojos
vetando el paso a las vigas de tu piel
donde anidan todos mis deseos.
Me castiga sabiéndose el ara donde
ofrezco mis sacrificios cada noche
para renacer cada mañana.
Hoy deja que me desangre.
Ya nadie recoge mis restos.

Luz De Gas

Inmóvil

Fijos, quedos, intentamos volver
el tiempo inamovible para no despertarlo
de su incesante letargo en movimiento.
Conseguimos detenerlo el segundo
equivalente al recuerdo de una vida entera.
La fugacidad de lo existente dejó de existir
para nosotros.
Inhalamos la eternidad.
Luz De Gas

Lava

Sigiloso se acerca el súbito oleaje
que el viento del este levanta,
sacudiendo,
desatando la trémula tempestad
que anuncia calma.
Se aproxima a la orilla a
romper entre las rocas enhiestas,
elevadas cimas que recibirán la espuma
que sucede a la lava.
Llega. Roza. Vierte. Vacía.
Luz De Gas

Me arabeas

Té de canela, frambuesas,
huelo a noche cerrada de
acequias que serpentean
hasta fuentes de azulejo y plata. Luna
negra de odaliscas. Vientres
en eterna danza. Jazmín
que acomete el aire colmado
de caricias blancas. Eres sur,
eres medinas de mucines, alcazabas.
Luz De Gas

Red Velvet

De repente un día dijo "me vuelves loco" y,
aunque yo odiaba el mascarpone,
dejé que me llenara la vida
de terciopelo rojo,
y de junglas llenas de arsenales
y rosas.

Luz De Gas

Chim, Chimenea.

No, el Amor no entiende de tiempos.
Llega cuando le apetece,
te hace olvidar el pasado y
te llena la vida de presente
aunque no tenga futuro.
Y, de repente, cuando cambia el viento,
abre su paraguas negro y
se te vuelve a llenar la chimenea del
hollín de los amores perdidos.
Luz De Gas

La cotidianidad del verso

No te sueño en la luz de la luna,
en la aurora, el rocío, el mar,
las vías del universo.

No te pienso en lo prohibido,
ni en el canto de las aves,
el rugir de las olas,
ni en el azul del océano.

No me vuelves la vida rosa, ni oro,
ni saltamos la arena cogidos de la mano
mientras ondea mi pelo.

Te amo en los espacios compartidos,
en las tardes de llovizna y
en el llanto de los duelos.

Te amo en los "conduce con cuidado",
en el "hoy cocino yo",
en tu humanidad, tus miedos.

Somos lunes, calma, alarma,
estrés, hogar, somos febrero.

Somos vida, rutina, esperanza,
nos amamos en la cotidianidad
del verso.

Luz De Gas

Levantera

Cuando logramos la mar en calma
nos saltó el levante y
otra vez se nos amontonó
la arena tostada en remolinos.
Construirse los castillos en el aire
es lo que tiene,
que se esparcen volando en cuanto sopla
la más exigua ventolera,
y los mechones del pelo se te enredan
de bruma.
Luz De Gas

Un sentir de inexistencia

Mis sentidos van perdiendo percepción
de lo tangible para adaptarse a tu ausencia.

Cambian, mutan, se transforman,
se abstraen a lo incorpóreo, incierto
de tu imaginada esencia,
en una dimensión impalpable
donde continúa existiendo inabarcable,
casi inapreciable, quieta.

Verte a través de unos ojos ingeniados
que, por ansiosos, te inventan.

Te huelo en el hálito que trae los efluvios
de un aroma parido en esta cabeza
que gira al hilo de un viento
que con su soplo te airea.

Mi tacto se ha vuelto etéreo,
vaporoso, liviano, sutil y vuela
trayendo tu roce a unos dedos
que te recorren expertos
desoyendo la tristeza
gris, doliente e injusta
que tu ingrátida carencia deja.

Tu voz viene envuelta en un halo
que el amanecer platea y
la susurra en las hojas
que el bochorno amarillea.

Sabes a la sal de un mar que te toca,
te mece, te balancea.

Noto el dejo de tu pelo en olas
que contonea.

Eras piel y ahora,
tan sólo un límpido recuerdo
que huye con la marea.

Te irás memoria, soñado,

como se fue tu presencia.

He ajustado mis sentidos a la nada

que me queda,

sólo advierten tu intocable,

inmaterial sentir de inexistencia.

Luz De Gas

Tu elemento

Hallo en tus dicotomías el lugar perfecto.
Nado entre las ganas que me ahogan
cuando, a todo dar del todo, te presiento.
Eres roca firme en la defensa del defender
la causa en que me encuentro y
eres lava que suave se desliza
por la cubierta dermatosa de mi cuerpo
que te espera segmentado, dividido,
ajustándose a una u otra en el momento.
Risco, piel, piedra, melaza,
siempre encuentro mi calma en tu elemento.
Zozobrar en tus dos lados me consuela,
eres la bilocación a la que vuelvo.
Siento que me pierdo en tus dos seres,
dos dentro de ti, tú y yo, y lo nuestro.
Luz De Gas

Aparejos

Envuélveme con tus olas y
deja que nos arrastre la marea.
El mar sabe que le pertenecemos
cuando las ansias se nos resbalan
y sólo somos sal, sudor y ganas.
Mañana rezumará los restos
en las dunas de cualquier playa,
aguardando afanoso los jirones
del próximo naufragio.
Luz De Gas

Astillas

Desvencijado ya el barniz
que lo escondía,
se atisban al ojo las astillas de lo vivido.
Desgastada, mate, condenada a mirar
para otro lado, la cal de los muros
tapa la desconchada ruina
de una fachada cuarteada que cimbrea
sobre el nicho blanqueado que oculta
el asíncopado latido
del muerto por hastío.
Sólo queda recoger los escombros
de lo que un día se erigió enhiesto,
firme, y hoy, abatido, vencido,
se cierra por derribo.
Y su memoria.
Luz De Gas

Sigue

A merced de mecerte gira el viento
que se cuelga colgando del silencio gris
de la casa queda que hoy asolas.

A merced de mecerte,
y de acunarte en unos brazos
que te sueltan. Vuela, trota,
teje, pinta, pare luces
dueña de esas ansias libres
que apagaste otrora.

Sopla este último aliento,
mira lejos, no te pares,
rueda sola.

Luz De Gas

Pentagonía

No había nada, y fue todo.
Ese todo pentagónico que vierte
sus rojas ascuas en las aguas terrenales
del aire que susurraba: todo.
Era todo, aunque nada;
anodina parte del todo
de lo que nos rodeaba,
ínfima inmensidad de un todo,
pero significó todo esa nada.
Fuimos agua que, al bajar,
iba arrastrando las ganas y,
de tanto mojar la piel,
la lluvia nos anegaba.
Fuimos lava, cama en llamas,
pero de quemar el fuego
las pavesas de las brasas
nos granizaron la noche,
no notamos que ya helaba.
Eramos núcleo, epicentro,
el eje de intersección de dos líneas
que cruzaban y fueron perdiendo
el punto a la vez que equidistaban.
Recobrada del barbecho,
tierra fértil de labranza que llenamos
de otros todos tapando el vacío
que ensanchaba.
Éter, mente, sombras, almas,
aire suma de dos soplos
que uno y uno se tornaban.
El aire paró el silbido,
enmudeció entre las ramas
de un otoño que llegó
mientras agosto asomaba,

a destiempo apareció,
cuando nadie lo esperaba.
Miramos en los bolsillos y
ya no quedaba nada,
sólo memoria del todo
y su dolor de añoranza;
cinco puntas de una estrella
que del todo nos apeaba.
Fuimos todo y hoy ya nada. Nada.
Todo lo dimos por todo y
se quedó en todo por nada.
Luz De Gas

Todo no es de color

La mañana, derrotada,
terminó regalando auroras
en la cola de cualquier baño.
Ni siquiera la poesía esquiva
la crueldad del desengaño;
esa en la que se pierde algo más
que la ingenuidad del alma y
acabas entendiendo
que no hay puntos que suturen ya
este colorín colorado.
Luz De Gas

Bóreas

Sin embargo yo,
que ayer conocí la misericordia
en el reclinatorio fiel de tu cama impía,
hoy muero de frío
en la sala de espera de tu roce,
sin reparar siquiera
en el destello subliminal
de tu pernicioso desprecio.
Entumecida, glacial, arrecida,
mi piel tiembla paralizada, inmóvil:
quién va a abrigar ahora
el latido níveo
de este corazón aterido
por el cierzo.
Luz De Gas

Desorden

Oigo como
tu mirada recorre mi espalda
y cedo ante el sabor que deja en mí
la música de tus latidos ahogados.

Ya huelo
el sinuoso baile de palabras
que nos fundirá
en la sienestesia que amalgama
los sentidos.

Luz De Gas

Sacrílega

Me he parado un sólo segundo
a escudriñar mi casa
y he descubierto sin asombro,
como ya esperaba,
que vivo en los surcos de tus manos.
Siento en ellas, duermo en ellas,
nado a brazas en el cálido río
que forman sus líneas de vida,
y en ellas he creado
ese núcleo de tiempo y espacio
en el que me hallo inmersa,
y al que se me antoja llamar,
posesivamente,
mi existir. Respiro,
inhalo y exhalo el aire
que sopla de sus firmes ademanes
y bebo a sorbos del agua de la lluvia lasa
que insolente las moja sin respeto.
En tus manos,
que ni siquiera son manos excelsas
ni inspiración de antiguos escultores o
grandes poetas,
más bien son como cualquier otras manos
de dedos largos y ásperas palmas,
bronceadas por el justiciero sol del sur
y amamantadas por el verde
amargo del olivo, pero son ellas
las que me tocan, me rozan,
me consuelan y acarician, y en las que,
antes de entrar, sacudo mis pies
en el felpudo de anea
y cierro la puerta con llave al mundo hostil
que queda fuera.

Ellas me esperan abiertas, tibias,
preparadas para curarme las heridas
del frío ruido angosto de ciudades
desalmadas.

Calma, templo, guía,
y ara donde vuelvo cada noche
a encomendar, expirando, mi espíritu.

Luz De Gas

Esa foto

No vino nadie. Nadie vino a recoger sus cosas.
Nadie vino a guardar la vajilla, ni los ajuares,
ni a podar los jazmines y las buganvillas ocres
que arañaban las celosías despintadas
por las primeras lluvias de septiembre.
Nadie. Ni siquiera a cerrar la puerta.
Se quedó todo inmóvil, frío, intacto;
hasta el reloj de la cocina detuvo sus manos
parando el momento
que posaba delante del objetivo de la cámara de la memoria.
Las camas no quisieron levantarse para salir a despedirnos
y se dieron la vuelta tapándose la cabeza con la manta,
haciéndose las muertas.
Las lágrimas de lluvia resbalaban en los cristales,
y subían el tono a medida que nos dirigíamos hacia fuera.
Los marcos de los cuadros fantasmas
se aferraban a las paredes
volviéndonos la cara desairados
y los suelos, que en otro tiempo reían
y aplaudían primeros pasos de vida y bicicleta,
enmudecían abrazados ante nuestra marcha cierta.
Se oyó a la ducha silenciar la música,
aquella estridente que bailaba
mientras se arreglaba afanosa cualquier tarde.
Hoy se secaba gris, asida al grifo de plomo raído,
gastado de rodar y de dar vueltas.
Comprendo que estuvieran tristes, mustios
y con olor a abandono entre sus ropas,
pero no podían acompañarnos,
nos pasábamos en el peso de recuerdos.
Espero que lo entiendan
¿cómo empaqueta alguien veinte años de vida en una maleta?
Luz De Gas

Brea

Tú mirabas hacia el mar, y te perdías,
seductor, él te arrastraba hasta sus aguas.
Yo colgaba de tus huellas, te seguía,
pero en vez de esperarme, te alejabas.
Ya no vuelves la cabeza y me sonrías,
tu abrazo no me envuelve ni me calma.
Ya dejamos de fundirnos en la arena,
lo que ayer era inflamable ya no es lava.
Desaparezco, y no notas ni mi ausencia,
me entristece saber que ya no hay nada.
Me revuelco cabizbaja en mi derrota,
el mar hace que me sienta rechazada.
Él, sabiéndote en sus redes, las recoge,
veo el triunfo reflejándose en su cara
y te esconde entre la espuma y la marea,
yo me embreo esperándote en la playa.
Erosiono de saber que te he perdido.
Quizá te quité razones, el mar gana.
Luz De Gas

Cenizas

Vas y vienes,
y te vas, y en el silencio que dejas,
entre medias, enciendo la luz de espera
del que espera
anhelando a quien no vuelve,
pero aguarda.
La he pintado del verde dulzón
de la esperanza,
aunque no me queda claro si con tino,
la he buscado y no aparece,
y siendo la última de mis pertenencias,
creo que, por esa regla,
debe hacer ya
que me perdí a mí también en tu añoranza.
Me tocará esperarte entonces
abrazada al desespero.
Ese que, en contrapartida,
cuando la estela de tu olor deja mi cama,
es el primero que amanece compasivo
y me inunda con su sombra la almohada.
Cubriré de un blanco velo ceniciento
el cajón de tu recuerdo en esta casa,
y llenaré el silencio que dejas,
entre medias, con el repiquetear
de la lluvia en la mañana.
Me sentaré con la taza del café amargo
de memoria a olvidarte en el alféizar
de olvidar de mi ventana.
Otro día, si es que vuelves, cuando vuelvas,
y otro día, si te cansas, que te vayas,
el silencio estará lleno de aguaceros,
de su olor y de su danza apaciguada,
y no sé si desespero pero espero,

que del verde petricor de otra esperanza.

Luz De Gas

No hay tregua

Me rompes
me destrozas
me desuellas
y me arrasas.

Ya sólo me queda
reunir los pedazos
que de mí dejas
en el campo
de batalla...
y llamar al servicio de habitaciones.

Luz De Gas

Al tuyo, al mío

Hoy el sol salió de nuevo
a iluminar la mañana,
pero a ti no te calienta,
ni te besa, ni te abraza,
quizá otros soles, otros rayos,
otro calor, otra flama.
El mar no paró sus olas,
ni su espuma, ni sus aguas,
sigue el vaivén infinito
de ir y venir en la playa,
pero tú ya no lo hueles,
ni te moja, ni te calma,
otros mares rozarán
lo que cubrió tus entrañas,
no sé si piel esta vez, si efímera,
eterna, mudada,
nadie sabe qué materia
ni vuelve para contarla.
El viento corre a decir en susurros,
bocanadas, trae llevando las noticias,
pero a ti ya no te alcanza,
no te cuenta lo que sabe,
no te encuentra en tu ventana,
busca en el zaguán abierto,
y en la puerta, y en la entrada,
alguien le ha dicho "no está,
ya no vive en esta casa,
ni en el pueblo, ni en el monte,
ni en la sierra anaranjada,
el verano se lo lleva como quien
lleva una hermana,
lo ha cogido de la mano
y ahora mora en la alborada,

el alba se lo ha quedado
para alumbrar la cañada."
Tu sillón te echa de menos,
queda a merced de su ama,
lo que ayer era fecundo
yace yermo en la explanada.
Ve como viniste al tiempo,
sin pesares y sin cargas,
ya llenaste al que se queda
con memorias, flores, galas,
con pena a veces impuesta
por avatares, albures,
típicos cambios de trama.
El vivir es lo que tiene,
se vive con tantas ganas
que cuando se acaba el tiempo
nadie se sube a la barca,
el barquero nos obliga
y además, hay que pagarla.
Puede que en el devenir del tiempo,
en otro mundo, otra raza,
nos volvamos a encontrar,
sin hueso, carne, ni cuerpo,
penas, ni dolor, ni sed,
sólo luz, sentido y alma.

Luz De Gas

Heridos

Las prisas,
que se habían ganado su fama
a pulso,
intentaron mal aconsejarnos,
pero hacía ya rato que el suelo
nos había dado la llave
del guardarropa.
Y es que el amor es lo que tiene,
siempre accede a empujones
por la puerta de urgencias
clavándote el pomo
hasta las mismas entrañas,
mientras que tú esperas,
afanoso,
que el golpe certero
te hiera de muerte.

Tiempos que son presente

Me gusta la palabra "siempre",
pero hoy, y sólo si se refiere a ahora,
a este momento y al siguiente,
y a la sucesión de momentos
que se sucederán unos detrás de otros
para conformar la semántica significativa
de la palabra "siempre", que se engloba
en la circunferencia circular inacabable
de su continente finito.

Le damos el sentido de eternidad
pero siempre con el matiz amenazador
de ese "siempre" que puede acabarse,
y que, de hecho, se acaba,
y da paso al "siempre" siguiente.

En ese temor de ser pasado,
tú y yo nos sentamos en la hierba,
o en la cama o en el porche,
mirando a lo lejos ese cercano "siempre"
presente y pensamos que seremos
el "siempre" de siempre aunque
sólo seamos el "siempre" de ahora,
de luego y del jueves,
pero que sucede en el presente
y aunque ya sea pasado,
da paso a otro "siempre" presente,
y pensamos, llegando a la conclusión
de siempre de saber que, aunque
no siempre serás mi presente,
siempre habrás sido el "siempre" presente
en el momento en el que ese "siempre"
fue presente, acumulando
esas ristas de momentos de lo que,
conjugada en tiempos,

no siempre acertamos en llamar "vida".

Y otras elucubraciones.

Luz De Gas

Axón

Buscando el sitio perfecto,
acoplándose a un apéndice encarnado
que, viniendo al pelo,
se acomoda en el centro
mismo de las ansias que envía, fugaz,
un ensordecedor estruendo lumínico
de relámpagos de avanzadilla
de la tormenta que desata el choque
de nubes atravesadas por los rayos,
la sal y los poros que acabarán
electrificando
los cuerpos tensionados.
Se acerca, se bate, se alza, se contonea.
Encaja. Huye. Se acopla.
Vuelve a evadirse. Empieza.
Se abre paso entre el olor gris gaseoso
ahogando un grito sordo
en la densa falda
del isósceles contraído que espera.
Se expande, se contrae. Y espera.
Y entonces, llega. Sigilosamente, llega.
Se oye, se siente
en el sabor del aire. Llega.
Silenciosamente, llega. Se retuerce,
se revuelve, se derrama. Vierte,
vacía, llueve,
templa.
Luz De Gas

Fotograma

Todo es falso en la avenida.

Todo es tibio,

gris, plomizo,

y adquiere ese deje enfermizo

con gusto a herrumbre

y tono ajado

de verde cobre oxidado.

Todo miente,

se enmascara

y se abre paso entre el ruido ahumado

de cláxones

y velas de almas

que apenas surcan las aceras

de puntillas.

El atardecer se viste

con sus rayas

diplomáticas de sastre

mostrando

el lado más escualo de la vida.

Y en medio del café de siempre,

justo en esa mesa

que forma una isla

junto al cristal tintado de la ventana,

rozando con las puntas de los dedos

una pantalla iluminada

sobre leyendo

las mismas frases repetidas, Tú,

esperándome para resguardarme

de la lluvia ácida de una ciudad

que me arranca, inmisericorde,

la piel a tiras;

y un capuccino con espuma

de corazón de chocolate.

Luz De Gas

Castañas

¿En qué momento del camino alguien
cambió la dirección del viento?
¿En qué interludio
intercambió los papeles
principales en el guión de esta obra?
¿En qué nudo de la travesía
dejaste de ser
el timonel de este barco para convertirte
en el máspreciado pasajero?
¿Cuándo, sin darnos cuenta,
dejé de mirarme en la luna
del armario de tu cuarto
mientras me trenzabas el pelo?
Hace tanto ya que ni me acuerdo,
o quizá fuera ayer si tengo en cuenta
como manejamos los tiempos,
tan generosos, que aún dejan
que te devuelva el guante
que acaba con la frialdad de tus manos.
Las froto, e inocentemente, te ríes,
y haces que yo también sonría
mientras veo la felicidad de tus ojos
reflejada en el centro del universo
de un canastito de castañas.
Luz De Gas

Purgatorio

Me preguntas
adónde irán los pensamientos perdidos,
esos que se escapan sin quererlo;
y yo creo que hay un limbo
de pensamientos en el que aletean
deambulando, hasta que un día,
en cualquier momento inesperado,
también perdida,
se encuentran con la palabra,
y nace un poema.

Vere dies mortuus est

Muere en ti el día desnudo de prisas,
dietarios y horapuntas.

Muere en ti, exhausto, rendido,
atestiguando el suicidio de las horas
que trastabillan por aceras
y avenidas de semáforos
que miran ausentes a los transeúntes
vigilantes de su lapso infinito de guiño
cambiante. En ti termina,
rodeado de gente que pasa,
que observa y se aleja
mientras su mirada estática
se pierde vacía entre ríos de humo
y calles, aguardando impaciente
que muera su día bajo el cobijo
de otra gente que le espera.

Muere en ti otro martes, otro octubre,
otro otoño rayando de verde
el firme aval del horizonte
de tu oquedad perpetua,
sudario que envuelve
y alberga silente el tránsito
postrero de mi tiempo.

Expira cada tarde, confiando
en la resurrección de su carne,
en el verbo grave de tu voz
cuando pronuncias, enardecido,
tres veces su legítimo nombre.

Luz De Gas

Miedo

Ya nada será igual. Paramos el tiempo.
Nos inmiscuimos en el bucle sórdido
y asfixiante de un segundo temido
que no pasa. Todo es gris,
angosto, líquido.
Sangramos la tinta añil
del dragón del miedo
tatuado en el pecho que avanza,
avanza hacia dentro, a lo más hondo,
hasta que roza con sus nudillos
el gélido cristal de la ventana. Palideces,
mudo, inmóvil, pero pasa de largo,
huye asustado por la cruz de sangre
pintada en el quicio
de madera de la puerta.
Lejano se oye el grito desgarrado
de las filas hambrientas
esperando que se achique
el cazo de estaño en sus tinajas.
Y amanece. No en azul,
ni en el rocío acuoso, nítido
en el que blanco se derrama el alba.
Aunque amanece.
Nos abrazamos a la luz
como a un amante
infidel de madrugada. Y nos vamos
arrancando los jirones de miedo y dolor
que han quedado adheridos
a una piel de ayer
con memoria de mañana.
Pero amanece.
Ya iremos sacando las vendas
para curar las heridas que ha dejado

esta noche reflejadas en el alma.

Luz De Gas

Letológica

Tiendo a pensar que un día fuimos uno,
no porque tenga en la mente
una imagen clara y fiel de nosotros
fundidos en algún tiempo,
sino por el miembro fantasma
que me deja tu ausencia
en la retina del ojo,
que se invierte afanosamente
intentando buscarnos en el recuerdo.

Tiendo a pensarlo y, al hacerlo,
noto la falta de roce en el picor
de mi mano, que se encoge, se alarga,
se retuerce ante el figurado
tacto de otra mano
que se adivina en la distancia.

Tiendo a pensar que lo fuimos,
aunque sólo lo intuyo, sin saberlo,
por los ya vividos segundos
que aceleran mi pulso en el metro,
o en la calle cuando, entre tanta gente,
aislándome el alma, te postsiento
y sobrevuelo por encima
de unos brazos unidos, de unas
frentes unidas, de unos labios unidos
que se me antoja pensar que eran
los nuestros, que en algún momento
quedaron suspendidos en los átomos
que forman cualquier otra dimensión
de espacio o tiempo.

Tiendo a pesar que fuimos uno,
aunque ya no sé, sin dudarlo,
si lo invento, si es deseo,
esperanza, anhelo,

o que realmente fue y ya sólo quede,
empañada, la visceral disección
de sus segmentos observados
en viaje astral desde muy lejos.
Hay indicios obvios que insinúan,
y a veces tiendo a pensar
y creo que es cierto
que en algún momento de este paso
fuimos uno, aunque no quede
ni el rastro real, ficticio, veraz, fingido,
insoportablemente indeleble,
de lo nuestro.

Luz De Gas

Oda a un kilómetro de estos

Gris fluido. Lluve, no mucho,
suficiente. Dejo que la lluvia
se descuide para calzarme las alas
e ir corriendo a escondidas
y robarle un beso, pero ya
está aquí el viento poniéndose de frente
para impedirlo; nos conocemos
y no deja que me una a ella en el asfalto.

Le acepto el reto.

Me bato a sabiendas
de que en este combate no será él
quien saldrá perdiendo,
o esta vez puede que sí.

Ya lo veremos. Acordes.

Llega la canción peldaño
en la que me apoyo para subir
a lo más alto a sisarle algunos segundos
vitales al tiempo, que corre más deprisa,
aunque más que correr, vuela.

Eleva, desciende, inhala,
la vida me filtra su achicoria
por cada hueco que rezuma
zumo ácido de ¿mandarinas era?
¿endorfinas?

Sale por cada grieta, cada poro,
dejando que la sal de esta batalla
cale hasta los huesos.

No mires, pasa de largo.

La mente ya ha levantado la bandera
a cuadros de una fingida línea de meta.

Se sabe todos los trucos.

Pero no me engaña, puedo. Sigo, exhalo,
última tirada y llego. Llego exhausta,

pero llevo, cansada,
con los pies mojados llevo.
Pierdo la ropa por el camino,
me la voy quitando y trepo,
hasta dejarme abrazar
por el flujo abrasador del agua
cayendo en cascada por mi espalda.
"Sabía que podía", desafío al viento
que me mira y sopla maldiciendo.
Como cada día he vuelto a hacerlo.
Ya sólo me queda sentarme a respirar,
y cobrar la recompensa
en forma de lingotes
de pan recién tostado y mantequilla.
Luz De Gas

11

Me está ocurriendo noviembre.
Ha llegado sigilosamente,
como de puntillas,
como es habitual en él,
intentando pasar desapercibido.
Escondido detrás del décimo de la fila
ha aparecido, enmascarado,
simulando no querer sembrar
desorden a su paso.
Pero se disfraza, lo creemos dulce
por sus colores melancólicos,
lo aparenta, es cierto, pero engaña.
En secreto enciende velas aladas
sobre cuencos de aceite,
custodia almas rellenando los huesos
que apenas les deja e inunda
de perdularios las calles.
Finge fragilidad
pero hace llorar a las nubes
y desnuda sin piedad
a las quebradizas ramas
de los árboles; y, finalmente
cuando decide irse,
en su estela lleva colgando,
amarradas, latas y latas
de corazones rotos inundados
por el gélido petricor ocre
de su devastadora tristeza.
Luz De Gas

Tarde

Esta mañana lo vi. Mientras caminaba
pensativa, sin rumbo, lo vi. En el suelo.
En ese suelo gris y mojado con olor
a cemento y a ciudad desconocida.
Lo vi frío, silente, durmiente.
Los ojos cerrados, rígidos los miembros.
No se movía. Le llovía encima,
no por algo personal,
sólo porque tenía que hacerlo.
La lluvia es así, suele aparecer
cuando huele la tristeza y el lamento
redundante de la melancolía.
La lluvia lo mojaba. No entendía quien
lo buscaba, quien esperaba su vuelta
a la misma hora de siempre en el lugar
acostumbrado. La lluvia no entendía
si calaba ese cuerpo que yacía en la acera
mientras alguien aguardaba debajo
de alguna cornisa arrinconada, oculta
en cualquier esquina de cualquier
edificio desangelado y anónimo
de cualquier ciudad sin nombre.
La lluvia no entiende, sólo cumple
con el cometido encomendado,
sólo moja sin reparar el daño
que arrastra a su paso, sólo enfría
el aire seco y polvoriento de una fugaz
mañana de otoño dura y plomiza.
Esta mañana lo vi, en el suelo lo vi,
esta vez las alas se le volvieron mortaja
y no pudo remontar el vuelo. Cayó.
No pudo unirse al viento en el flujo
incesante de su corriente y cayó.

Acordándose de lo que dejaba,
recordando el tiempo perdido,
cayó piando a gritos despertar,
jurando aprender de sus errores
y empezar de nuevo.

Luz De Gas

Sonata blanca

Envuelto en el olor a porcelana tiznada de la olla ajada de la castañera,
que ya no permite atisbar el color original de tanto
dejarse acariciar por los dedos de unas brasas incandescentes,
así nos sorprendes, acercándonos al humo que desprende
en busca de un halo inútil de calor para sentir propias unas manos gélidas,
enrojecidas por la bisca tímida que, sin dejarse apenas apreciar,
nos cala hasta los huesos. Incitas a inhalar el aire recio
como quien le aspira una calada al cigarro de la vida
para llenarse los pulmones de tiempo
y nota como a su paso va entumeciendo
el camino que lleva hacia adentro.
Dejas que la llovizna vaya cayendo sutil en el pelo,
que se va humedeciendo al unísono con el pavimento arrecido
de una calle repleta de gente que vuelve.
Se palpa como vas llegando a capas,
a láminas llegas como la marea.
Nadie te advierte, nadie repara en que estás abriendo
entre la muchedumbre de las horas
el hueco para asentarte y tomar posesión del cargo vitalicio
que te otorga ese monarca absolutista que computa en meses.
Nadie nota que te acercas, trazas tu perfecta emboscada callada
volviendo a sorprender al despistado otoño con el despliegue afinado
de las notas blancas de una sonata muda que tiñe de alba
los restos descascarillados y amarillentos
de las hojas que quedaron rezagadas en el verdor pardusco
de la hierba abrasada por el relente.
Llegas preciso, puntual, exacto y pasas,
y a tu paso todo comienza de nuevo.

Luz De Gas

Alondras

Ya se me ha llenado la cabeza de pájaros
de nuevo, y de brisa en la cara,
y de espuma y olas que vienen
a morir en la arena desgranada
para retirarse, rendidas,
al unísono de un océano que ruga
y salpica bañando sus alas.
Ya revolotean bailando esa danza
de trino ensordecedor
que cubre el ruido azul, funesto,
descarnado que percute el yunque
a golpe de martillos impíos.
Tan, tan, tan. Ya no se oye.
Lo esquivo desviando la mirada
hacia el lado melódico,
cadencioso, terriblemente cómplice
en la ocultación, del aleteo.
Recorriendo de memoria ese trayecto,
se me vuelve a parar la vista
en ese punto hipnótico que, segundos,
minutos, existencias infinitas después,
sigue ahí, quieto, inamovible, invisible
y vacío, lleno tan sólo
por el pensamiento ausente de la nada
que lo ocupa, lo recorre, lo invade
y lo gobierna para quedar varado
en ese dique angosto y oscuro
que trae a puerto el desvelo cruel
y abrupto del regreso insoportable
a la conciencia. Ya no hay agua,
sólo tierra, y el salitre que la vuelve
árida al arrugarse,
ensimismada, la marea.

Luz De Gas

Nada por aquí...

El cielo se resquebraja en miles de cascarones, derramándose, naranja y oro, la mañana. El retumbe plumizo de la tormenta se aleja, huyendo irresoluto, se aparta. El aire huele a rojo crépito de horno humeante y a párpados caídos que luchan por zafarse de la mordaza del sueño. El viento en el tejado descansa, agazapado entre tejas y ramas desnudas de árboles que esperan vestirse con abrigos de incipientes flores efímeras. Las luces de las farolas tintinean nerviosas anunciando el júbilo que antecede al fin de su jornada y bostezan restregando sus ojos con las manos de la niebla que, paulatinamente, baja para fundirse con el agua de riego del asfalto. Se oye el ruido de zapatos reforzados, de trajes planchados con corbata, de humo, faros, café para llevar y bolsas de meriendas, inmersos entre las notas de una melodía redundante y cotidiana. La calle vuelve a la vida entre vados prohibidos de carga y descarga que, rutinariamente, se hallan mezclados entre los pasos cortos y apresurados de mochilas de colores y coletas que se estiran al olor del agua fresca de hierba y lavanda. Poco a poco, tirando suavemente del paño oscuro con que cubre la ciudad la noche, va descubriendo su truco de magia, intrigante, enigmático, con sigilo, otro día. Y todo comienza de nuevo.

Soleá, dame la mano

La vida me ha vencido. Así, desnuda,
herida, desgarradamente sangrante
y enferma, he perdido.

Me supera el trino de los pájaros anunciando la llegada
de los rayos del nuevo día; su vuelo alegre y nervioso
proclamando la felicidad del despertar al nuevo amanecer.

No me importa. Me invade ese sentimiento gris oxidado
con olor a hierro mohoso que paraliza el tornillo chirriante
que echa a andar la maquinaria.

Oyéndolos cantar quisiera que me llevaran sus alas
secando la sal del nudo que baja por mi garganta.

Escucho los primeros cordeles marciales
de tendederos que corren por los balcones
bailando la ropa mojada, voces agudas saludan airozas
por la mañana; pero sólo alcanzo a ver el halo de luz
que entra por las ranuras de mis persianas
verdes, torpes, desvencijadas.

Las voces se vuelven graves, chillonas, grotescas,
lejanas. Son los ruidos que penetran en la soledad ahuecada
de mi pecho; mi caja de resonancia deja pasar el silbido,
el ritmo se vuelve pausa y distorsiona el sonido
del latir de las palabras

que palpitan inefables en algún lugar,
calladas. Me tortura lo que dicen, cuando ríen, cuando paran,
se unen al rayo de sol, al pájaro con sus alas,
al viento que mece el reflejo de la luz de mi persiana.

Me somete lo vivido viviendo sin esperanza,
la espera se ha vuelto azufre y me revuelve las ganas.

Me trepana el canto, el vuelo, la luz,
la ropa, la casa, las sombras que traen
las nubes, la tormenta que descarga;
hasta la música un día que fue una isla,
mi calma, ya la entiendo como incordio,

no la soporto, me cansa.

Me hastía la gente, yo misma, mi tiempo,

mis circunstancias. Sólo escucho el trino y muero

cada día en mi ventana

invidente. Me disculpo ante mi madre

su jazmín en mi mesita me acompaña,

noto aspereza en mi lengua de la piel de sus castañas

ceniza, ardientes, tostadas.

Pido perdón a la vida por no saber valorarla.

La subestimé en sus fuerzas y he perdido esta batalla;

pero ganaré la guerra. Volverán las nubes blancas

y el trino traerá el dulzor de azahar

de la naranja. El sol volverá a dormirse

arrullado en mi persiana

verde, torpe, desvencijada.

Luz De Gas

EN QUÉ TIERRA

Va clareando el día
y las sombras negras,
entre trino y trino,
de mí se alejan.
¡Ay, si pudiera dormirme
en el verde fresco de tus abriles!
Despierta el niño,
el viejo bosteza
y ya huele el puchero
lleno de berza.
¡Ay, si pudiera ser lumbre
y arrullar el tiempo
entre tus costumbres!
Ya la niña se peina
y entre sus trenzas
guarda ausente el suspiro
por quien espera.
¡Ay, si pudiera ser fuente
de agüita fresca
y limpiarle la cara
de llanto y pena!
Amarillea el campo,
la tarde acecha,
se nos cuela el ocaso
por la azalea.
¡Ay, quién pudiera seguir
coloreando de blanco
el niveo jazmín!
Ya se viene lo oscuro,
llegan tinieblas,
fuera gime el olivo,
cruje la hierba.
¡Ay, quién pudiera soñar

y mecerse en la cuna
que mueve el mar!
Dentro ruge el relámpago,
el cielo espesa,
el viento agita las nubes.
La lluvia arrecia.
¡Ay, quién pudiera volver al tallo verde enredado de aquel clavel!
Ciérrame esa ventana,
pestillo y puerta,
deja que estañe los trozos
de la tormenta.
¡Ay, si pudiera encajar,
pero añicos ya salen
de este cristal!
Luz De Gas

Banda magnética

Atravesar muros. Saltar en el espacio físico a otra dimensión inventada paralelamente opuesta al mundo conocido. Deshacerse a jirones de la piel entre unas puertas giratorias que reciben el abrigo del arrecido hastío del nudo de una trama. Desconocerse en los ojos habituales para reencontrarse en otra cara, otro rostro diferente del que parece, aunque no sea, para dar de bruces con el que es o al que aferrarse para que sea sin que parezca. Un olor específico llega bifurcado derivando en una comunión fundida en la unicidad del uno, inseparablemente único, a medida que se va adentrando, avanzando, cerrando por dentro sigilosamente la aséptica puerta. Efluvio momentáneamente físico, perdurablemente eterno en el ala del recuerdo sensorial que resiste persistente ante el olvido. Agarrarse a cada inhalación exprimiendo una a una sus moléculas, estrujando, dividiendo, desbrozando partículas herméticas, siendo consciente, a sabiendas y alevosamente, de la forma en la que el continente que llena el espacio impersonal, el sonido impersonal, la nada impersonal de un vacío deuteranópsico se va colmando de vívidos destellos rojos, ultrasónicas imágenes anaranjadas, vibraciones ocres que destapan el flujo sanguíneo de un cordón umbilical propio y ajeno, cuando ajeno es duplicado en uno mismo. Todo cobra sentido y vida, aunque todo es impreciso e incierto. Luces, materia, estancia, níveos tejidos con olor a éter volátil, incoloro, obstinadas arrugas, laten, se expanden, se contraen, laten. Se oye el ritmo de una sístole entre sílabas susurrada, de una diástole desbocada en el centro justo de un teléfono con almohadilla asterisco cinco de centralita. Todo el contenido se acota, se limita, se encasilla en los cuatro palmos calibrados por el sombrío y pusilánime interferómetro oculto entre cortinas de plástico reflectante. Ensoñación efímera. Recobrar tras horas la consciencia. Retornar a regañadientes de una hipnosis que sumerge en otra sustancia, otra esencia, otra existencia fingida, o la real. Quién sabe. No se distingue. Se amalgaman, indivisiblemente unidas se alean. Ya sólo anuncia la abrumadora hora de la vuelta.

Apremia. Disponerse a desandar el camino hasta atravesar el muro a la inversa, dejando la callada puerta inamovible quieta cuando se cierra por fuera.

Tocar rígida en el bolsillo, fría y blanca, tensa

su llave. Devolver esa imagen, esa apariencia en el mostrador

que despide cortésmente al recibirla. Pulsar el botón que baja

hasta las puertas externas que esperan fundirte de nuevo en el abrazo

del abrigo de la piel que abandonaste a la entrada. Recolocarla sacudiendo

las motas de lo excepcional que quedan asidas a sus poros. Salir a la calle.

Dejar que el aire te envuelva en lo cotidiano, que apenas se sustenta ya a sí mismo

en el trémulo pilar afanoso de lo extraordinario.

Luz De Gas

"Cae fina la lluvia"

La lluvia nos aplasta contra el suelo, nos oprime inmisericorde calando los huesos hasta el tuétano mismo de cada cartílago, poro, vereda y roca que nos rodea. La lluvia cae tan fina que se clava como alfileres vertebrados, hincándose en cada una de las telas abullonadamente acolchadas que conforman la espalda de las marionetas usadas por unos hilos de lana silente, callada, que acoge con resignación su suerte.

La lluvia pesa, y el barro de los zapatos, y el lado azul añil del pecho que marca un ritmo estrepitoso, sobrepasado por el fluvial cauce desbordado del esfuerzo, que también pesa. Pesa el aire denso, y el plomo de las nubes, y el verde óxido fúngico de la hoja estéril de la jacaranda.

Pesa la atmósfera humedecida, el pelo al destilar el sabor dulce pegajoso del fresco petricor regenerativo.

Duele el regusto herrumbroso del flujo sangrante en la traquea, que adolece de la falta de humedad arrebatada por el sudor de la piel en el camino. Duele fuera, duele dentro, arriba, detrás y en cada lado de cada vértice de cada ángulo y espacio duele. Duele abrir los ojos, extender la mirada, reconocer que ya ni la lluvia basta, que no es suficiente para asolar la frialdad amarilla glacial del punto sumisamente ataráxico en el que nos hemos convertido. No basta para alimentar el campo yermo en barbecho y empezar a construir una linde nueva, una acequia nueva, un tajo nuevo.

No basta. Duele dentro.

El eucalipto, que es testigo y sabe, nos mira con deje sanador y canas de sabio abriendo sus brazos para darnos cobijo. Se retuerce, moldea a golpes de quejidos mudos y nos alberga engulléndonos entre la resina ocre y amarga de un tallo que platea sus ramas. Nos adentra en su olor a briznas de menta, y entre inhalación reparadora y vigorosa nos enfrenta, y nos vemos de nuevo, nos miramos con ojos viejos y vencidos.

Nos reconocemos. Volvemos a vernos después de un largo e inhóspito viaje temporal frenético.

Nos identificamos en la esencia, en el ser, en lo experimentado, lo vivido, lo añorado, lo recorrido y confiado. Somos, estamos, fuimos. Seguimos siendo. Lo grita el viento entre los dedos del árbol que nos abraza. La lluvia lo vierte, lo empapa, lo escancia. Somos.

Lo gritan los surcos de las eras de una tierra sola, abandonada, baldía;
tan de vuelta ya de juramentos que hace tiempo que dejó de prometerse
y sólo juega con lo empírico, lo racional, lo tangible,
que es en lo que ha basado lo eterno. Nada queda ya de misterios de fe
ni de manás entre los pechos de su grava.

La tierra, agnóstica, pide evidencias de lo que queda.

Si aún somos, que lo demuestre el tiempo.

El trémulo eucalipto, absorbiendo el aroma de la trascendencia
entre el bálsamo derramado hasta las raíces, le brinda las respuestas.

Pesa el tiempo

El pecho se afloja. Quedan colgando las extremidades lasas,
sin fuerza, pendiendo sólo del raído hilo gris que deshilacha
la poca resistencia que de voluntad queda. Se hunde, respira, deja de inhalar,
boquea, se abandona. No intenta ya ni poner freno a la nube opaca
y polvorienta que le embarga el tórax. Se contrae el pulmón,
dejándose embargar por el hastiado ritmo cansino
de la respiración entrecortada, intermitente, casi sorda.
Despierta, se recompone, trata de resarcirse,
pero cierra de nuevo los ojos, adormilados por la falta de aire,
que protegen la vista cansada e impotente de observar millones de veces
la misma escena manida. Levanta la mano y tira de la comisura de los labios,
que se resiste a dejarse caer, se rebela, lucha, pero cesa.
El aire zigzagueante que entra pesa demasiado para elevarla
y se desploma, derribando en su caída unos párpados cansados, extenuados,
agotados de resistir joviales a la misma sensación en bucle ya conocida.
Pesa el cuerpo, la sangre, el tiempo pesa. Pesan los gramos de piel,
huesos y cartílagos que tratan de enfrentar el frontal cañón de viento salado
de la decepción continua. El cuerpo pesa. Quiere dejarse llevar, desistir, ceder,
pero se percata, cae en la cuenta. Se levanta del sillón donde se ha hundido.
Se sacude el hastío, los ácaros del cinismo, se despeja.
Se atusa el resiliente escudo verde plomizo de las derrotas.
Levanta el mentón de la dignidad fingida. Se disfraza de ataraxia
y sale a la calle renovado, preparado para una nueva muerte
por alzamiento de esperanzas trémulas.

Trabando Lenguas

Siento el enredo.
La prisa, mi enemiga.
Me pilla el viento.
El viento gira.
Revira las esquinas.
Se para en seco.
Toma conciencia.
No encuentra su locura.
Busca en el necio.
Silba enfadado.
Proclama su demencia.
Queda en silencio.
Desgarra el día.
Rasga la noche negra.
Llora en su pelo.
Se recompone.
Ya llegará mañana.
Prepara el vuelco.
La vida duerme.
Deja ver su delirio
con cada sueño.
El viento espera.
Cuenta herido las horas
de sufrimiento.
El día llega.
No desesperes, niña.
Sal con lo puesto.
El sol te guarda.
Te esconde entre sus rayos.
Se agota el tiempo.
Le da esquinazo
y entre gritos y llanto,
maldice el gesto.

No te arrepientas.
El sol brilla en tus ojos.
Esquiva al viento.
Sigue a la grupa.
No hay amor más paciente
que el amor cuerdo.
El viento sabe
que sus rizos de loco
son tu tormento.
Cierra la puerta
y que el sol de la calle
se cuele dentro.
Y no te asomes.
Deja que, como loco,
te pierda el viento.
Agarra el talle.
Que del viento no quede
más que el veneno.
No te demores.
De la pena no suene
más que su eco.
Viento del Este.
Deja en paz a la arena.
Se acabó el miedo.

Seguiriyas Biensonás

Llámame Soleá
porque sola nací
y qué me importa el decir de la gente
que solos han de morir.

Sueño con tu barca
colmada de esteros.
La noche estrellada saca sus redes
pa pescar luceros.

Salta la cancela.
Vete con el viento.
Que la niña que espera en la dehesa
Ya aguarda sufriendo.

Se oye un lamento
cruzando los mares.
Se escucha el llanto de las amapolas
soñando olivares.

Y si salgo, madre.
Y si no regreso.
Busca en la laguna de la montaña
que esconde los besos.

Busca en la ladera.
Drena los terrenos.
Que el corazón que perdiste en la arena
aún sigue latiendo.

Ayeo de Soleares

Ni me quieres ni me dejas.
Dime que tengo que hacerte
para romper las cadenas
de esta celda que me envuelve.
No vengas más a mi puerta
que te tengo "conocío"
y ya no la dejo abierta.
Si me sorprende la luna,
si la noche me entretiene,
a mí no me echas la culpa
de dormirme en los laureles.
No se qué tiene la luna
que mece tan dulcemente,
que me duermo en su cintura.
Dale sombra a la celinda
y agua pal limonero,
que no se quede esta tierra
a merced del viento seco.
Cuéntale al Viento del Este
que pasas cada mañana
por mi ventana pa verme.
Ay del verde del olivo.
Ay del turquesa del mar.
Ay de los ojos del niño
que a mí me quiere robar.
Tranca la puerta, rocío,
que está despuntando el día
y el clavel aún no ha dormío.
Siempre que voy a tu casa
me quedo de pie en la puerta,
que tu madre no me quiere
por no ser de su ralea.
Dile que no nos gobierna,

que el amor no hay quien lo pare
cuando el corazón se prenda.
Las olas vienen contando
que si pisas en la arena
la playa sueña el recuerdo
del sonido de tus huellas.
Las olas traen los suspiros
de los pasos de otra orilla
que se quedaron dormidos.
Suenan fuerte las campanas,
pero si escuchas atento,
en medio de su tañer
se oyen las voces del viento.
Viento, calla el gemido,
que ya está quebrando el alba
y despiertas al olivo.

Ciempíes

Siento que tengo cien años, que el sol me abrasa, acrecienta las manchas bronce que nacen cada día en mis manos ajadas y secas. Me ciega. Siento que el aire me estorba, me invade, me molesta. Ya no es esa brisa que me acariciaba el pelo haciendo que volara libre, como mi paso libre por este lugar que no me pertenece ni al que pertenezco. Siento que el mar ya no se mece, ni sinuoso se acerca. Ruge furioso cantando tempestades de viajes de ida. Se enfada, levanta su brazo irascible, da un manotazo a golpe de roca y ola salada porque es viejo y quisquilloso, y también tiene cien años como yo, y como yo está hastiado de poemas vanos que lo ensalzan, cuando sólo quiere descansar porque también tiene manchas en sus manos azules, frías y mojadas, quemadas por el sol impío y cruel que lo vigila amenazante.

La primavera es sólo otro invierno más, templado, tibio, que expande el olor de las flores asolando el suave aroma de la menta que atusa el sendero de mi puerta. Su olor ya no me embriaga, ni me remueve, más bien me turba, me empalaga, me marea. Siento que he vivido cien años. Me flaquean las fuerzas. Las piernas tiemblan, desfallecen, ya casi no se sustentan. Caminan y se mueven por inercia. Esa inercia que empuja hacia delante como quien entra en el túnel de un tobogán cerrado, angosto, presintiendo que nada va a detener el viaje hasta el final. Ni quiere. Ni le importa si llega, acaba o empieza. Siento platear plomizos los mechones que caen en incesante cascada sobre las arrugas de una frente muerta que ya no piensa. Se llena de musgo y herrumbre, se le caen las hojas ocre y pierde el verdor juvenil que disfraza a la inocencia. Siento que tengo cien años, que tengo cien historias y cien finales, que he vivido cien vidas. Soy como el tiempo o el mundo o la noche o el llanto o la tierra. Vieja.

Cianosis

El velo que nubla la vista. El zumbido que ensordece el oído.
El angosto callejón de la estancia que se alarga y se disecciona
en puntos hasta el infinito. La puerta de no retorno
por la que se cuela el último soplo de aire que queda en unos pulmones
que dejan de funcionar ante la punzada de decepción de la traición desgarradora
de las expectativas. La sonrisa congelada.
La incipiente lágrima que asoma a un lacrimal
que ha quedado suspendido
en el mismo segundo del pasado en el que se paró el tiempo.
Debilidad.
Flaqueza.
Parada cardiorrespiratoria.
Desmayo inminente.
Sintomatología propia del instante de reconocimiento de la vil deslealtad
que prosigue a la vapuleada, naïve y prostituida presunción de inocencia.
Rebobinar,
recomponerse,
sujetar el roto con el imperdible de la farsa
y salir caminando simulando que,
en alguna zona del organismo azul abotargado,
existe un corazón que sigue latiendo,
rodeado de lázaros pícaros,
con la capa del alma recogida entre los brazos para que no arrastre,
intentando estérilmente,
en un alarde de tentativa de restitución de dignidad perdida,
que pueda volver a ser pisoteada.

Iconoclasia

Atestiguando vivencias llego a la conclusión
de que estamos hechos del cómputo silábico
que diferencia un soneto de un verso libre,
de la esencia intangible que da lugar al poema,
de la emoción que esconde, del ritmo que lo guía,
de la voz que lo declama.

Somos poesía.

Peut-être

Llueve a mares. Las olas
se estrellan contra el cristal
opaco que amarillea en la junta
marrón de la escuadra
del marco de madera.
La sal suena en cada impacto
y arrastra con ella el polvo gris
adherido a cada dibujo geométrico
que va formando el vidrio. Chorrea
creando figuras grotescas,
circenses, que al abrir la boca,
enseñan sonrisas desdentadas
y lenguas marcadas por incisivos
hirientes. Se ríen a carcajadas
con cada ola de lluvia que se inmola
en los cristales. Señalan,
se mofan moviendo sus marcas
de esperpento acuoso reflejada
en la superficie trémula de cada gota.
La ventana se abre forzada
por el viento, que arremete
contra cada ser que grita
al ser arrastrado
hacia los canales de la calle.
No queda ni sombra de ellos.
Tan sólo permanecen
las ramas indomables de los árboles
que parpadean, incrédulas,
ante el azote impío del viento
que arrecia con la lluvia.

Quejumbre

Y yo,
que te he "querío"
por los dos,
me llevo el doble
de olvido.

Talón

No viniste. Ni siquiera llegaste a ser ni a aparecer,
cuando te fuiste. Ni un átomo ni una molécula,
ni la ínfima milésima de hueso, piel, lanugo o grasa.
Ni una luna, ni roja, ni rosa, ni de sangre.
No llegaste. Te escondiste en los huecos que se abrían
entre el talón y la hipófisis que emana, segrega
y extiende el rayo al que te aferrabas para seguir latiendo.
Pero abandonaste. Dolor ácido. Descarga amarga. Te soltaste.
Me dejaste asida al cordón que nos fundía en esa amalgama de arterias diagonales
y ensamblajes. Olías a hervor de nata de una leche que brotaba de mis fuentes,
amarilla y espesa, azul transparente, empalagosa, cálida.
Nutriente grueso, vigoroso, recio. Luego, nada.
Antes de la mitad de todo, de la cuarta parte de la mitad de todo,
nada. Vacío, hueco, viento sibilante entre álamos desnudos.
Nada. Hojarasca barriendo el níveo mármol gélido de una piedra de esperanza
interrumpida. Manantial truncado. Oquedad pantanosa.
Hueso descarnado por colmillos afilados, barro, arcilla,
desolación, invierno, ausencia. Útero yermo y estéril.
Campana ocre que dobla el sonido. Ladrido que en aullido estalla
azabache. Duelo negro. Tribulación quebrada. Niebla que envuelve al lamento
que se contrae antes de tiempo y, en vez de expulsar, se para.
No dilató el músculo su carne, dejó que se escapase el alma.
La noche te acogió entre brumas. La encina te envolvió en sus ramas
y te alejó a lomos de una tierra seca, baldía, infecunda, árida.

Corre el agua

El arroyo burla
a la roca,
él se piensa que la tiene
porque la besa
en la boca.
A la roca le resbala
el agua,
ella deja que la toque
pero le vuelve la cara
a la noche,
que la envuelve con su manto
pa protegerla del roce
pero no puede,
que cuando el agua se enfada,
lo mismo arrasa que mece
y no hay piedra que se oponga
a un arroyo que se crece
y arrastra to lo que toca.

No soy poesía

Incluso la poesía me ha dado la espalda.

Incluso Ella me ha soltado de la mano en esta hora demasiado triste
en la que sentir la soledad descarnada y muda.

Ni siquiera un corazón lastimado, roto y melancólico como el mío
puede hacer frente a unos versos que se hilan entre suspiros de llanto
y el añil lúgubre y maltrecho de un cielo que, a regañadientes, clarea.

Ni tan sólo me encuentra el ritmo, ni la rima,
ni me acuna el tiempo el alma para describir un dolor
que se derrama en gotas de lluvia por los rayos ceniza de la horquilla de mi pelo
y resbala cadencioso por esta piel que siento ajena, extraña, molesta,
porque ni mis órganos me pertenecen esta noche. No soy mía
ni del viento. Soy del negro duelo que esconde el quebranto donde me escondo
resguardada del mundo angosto, sombrío, despiadado
que implacable va arrancando una a una, hasta que sangran,
las postillas de una herida de dolor perenne y vieja.

No soy de carne o de hueso. No soy de sal o de arena.

No soy nada más que lamento blanco, recurrente, quedo.

Mi memoria quedó anclada en el bancal hiriente
del instante fugaz de un pasado sempiterno.

Ni la poesía me tiene en esta hora aunque me busque.

Hoy sólo soy azul, lejano, trémulo, frío, desierto.

Tirititrando

No me llames mañana,
llámame ahora.

No me llames mañana,
llámame ahora
que esta noche voy al faro
a saltar las olas.

Tiene mi playa una cala
de mojarritas
y en el espejo se asoman
las más bonitas
pero el espejo le dice:
"dejadme a solas
que se me ponen celosas
las caracolas."

No me llames mañana
llámame ahora.

No hagas ruido esta noche,
entra en silencio.

No hagas ruido esta noche,
entra en silencio,
que esperando anda pillarte
Pepe el sereno.

Tiene mi madre macetas
por los rincones
y cuando las riega se cuelgan
por los balcones,
por los balcones, niño,
por los balcones,
tiene mi madre un sembrao
lleno de flores.

No hagas ruido esta noche,
entra en silencio.

Óxido

Soy líquida, sólida, lútea, celeste, extraña,
presente. Soy todos los cuerpos. Me habitan todos.
El mío, gastado, vetusto, débil, resquebrajado.
El ajeno, lejano, intruso, foráneo, inusitado
también me habita en su injerencia.
Habito en la sombra equidistante del parto
y la tierra inhóspita, fría, micótica y andrajosa
que abrazará los restos del estar que me viste
y me moldea. Habito en el oxígeno que inhalo
y en la oxidación que destruye cada alveolo
que lo recibe al tiempo que lo sustenta.
Vivo en mí corpórea, en mí etérea,
y en cada uno de los átomos
que componen la totalidad de la materia
y la energía que me define.
Soy memoria, carne, piel y hueso,
y soy la nada que va borrando mi huella
en la estela del sendero andado,
allanando el terreno fecundo para el todo que me prosigue
y llenará, a mi paso, la materia tangible de mi sustancia incorpórea.

Vísceras

Vehemente desequilibrada.
Funambulista en el hilo de las moiras.
Tambaleante cadera alzando su plegaria a un sino
que cimbreo en cada golpe. Esquivo púgil.
Prestidigitador sentido. Superviviente moribunda
en los umbrales de la vida eterna.
Oscuro fracaso polvoriento.
Fénix.

ABSOLUTISMO

En la llanura, los valles
y los montes. En el río,
en su lecho, su cascada;
en las curvas rezagadas
de la noche,
su volátil ensenada
sinuosa, blanca.

En los dardos derrotados
de la espera,
en el pico subterráneo
de las ganas,
en la lúgubre antesala
del rechazo,
los albuces de la lluvia
en la ventana.

En el puerto acogedor
de las noticias,
en la sombra del camino,
la que alarga la visión
del que desanda el recorrido
emprendido en el pasado
con su marcha.

En el rostro del ayer,
mañana, siempre,
el calor libertador
de tu autocracia.

Paraísos Encontrados

Azul, blanco, tímido,
con efluvios de canela;
con la ataraxia propia del alma
despojada del lastre del dolor
y el miedo; las alas del peso justo,
liviano que eleva el helio, lo desplaza,
lo aleja, lo recorre y lo acaricia
con sus dedos de aire limpio, claro,
cristalino, gaseoso.

El vuelo aletargado de la ausencia
desprendida ya de rémoras.

Paraísos, glorias, firmamentos.

Así creía que era. Sin embargo, no,
no lo era. Al tocarlo no era tierno,
transparente, níveo o diáfano.

No se debate entre la paleta azul
nuboso y blanca de un fervoroso
dibujo torpe y aniñado.

Es áspero, tintado, arrogante
y crea un hueco recóndito
y resonante entre las cuerdas vocales
de su voz negra y siniestra.

Se acerca felino, sigiloso, acechando
desde el dintel nogal de una puerta
compartida por todos. No es celeste,
inmaculado, inocente, sagrado,
ni despide aromas de te, jazmín
o canela. Entre las fauces de su violeta
empíreo azufroso, el cielo huele
a la intensa esencia almizclada
de patchouli.

Tragaluces

Mi casa tiene una luz amarilla, melancólica, ocre, otoñal, caduca.
La examino desde fuera y me pregunto
cómo serán las gentes que viven detrás de esas cristaleras.
Imagino que desactivan la alarma cada mañana
y se levantan envueltos en el sopor plomizo del sueño y la rutina.
Silba el café insurgente, avisando desde el torrente vívido de la cocina,
y entre cacharros corre el grifo que arrastra a su paso el jabón y las prisas.

Los imagino desde la puerta y pienso en cómo serán;
si saldrán de casa cada día entre los parabienes de recuerdos cotidianos
y cerrarán preparados para enfrentarse con lo externo,
lo incierto y desconocido, lo de fuera;
si la luz amarilla se esconderá a la espera de que la actividad llene de nuevo
la mesa del comedor, los espejos del baño, la escalera.

Subo en el ascensor, abro afanosa
y me inmiscuyo en la vida de esta gente que me saluda,
me conoce, me sumerge en sus historias, me renueva.
Dejo las llaves junto a la lámpara de luz amarilla,
me quito los zapatos y enciendo la alarma roja, que parpadea paciente
aguardando agazapada entre las ácidas luces del neón decadente.

Miro por la ventana y me veo entrando en el portal con prisa,
cansada, huyendo de la nómada otredad de fuera,
embutiéndome en una piel desnuda, sin aditivos,
que me abraza cargándome de una radiante savia vital.

Mi casa tiene una luz amarilla y a su sombra se funden mis otras
que también soy yo, quedando el principio, el origen, la primigenia.
Fuera quedan otras luces amarillas, en otros cristales
de las terrazas de otras casas,
y otras calles llenas de miles de ojos absortos que las observan.

Jefté

Hicimos del verbo carne;
después derramamos su sangre.

Exigimos los derechos propios de una conjugación
vacía de tiempo, aspecto, modo.

Cuando obtuvimos la presa,

borramos el trazo gris plata
despuntado entre los surcos de los renglones inclinados

y rescatamos el folio en blanco.

Arrugamos el papel emborronado,
sucio, resquebrajado
y lanzamos a la cara del Creador
la palabra de vuelta.

Derramamos su sangre, que era la suya y no la propia,

y la sangre ha teñido de rojo los vestigios
de una tierra que se prometía santa y eterna.

Tierra roja, sanguina, muerta.
Simiente trémulamente asesina.

Rondar un año

Llegas tarde. No hablo de horarios, ni de franjas, de los relojes analógicos o digitalmente crueles que nos arrastran. Llegas tarde al baile del disfraz que hace tiempo atrás me enmascaraba. Ya no tengo fuerzas, ni ganas para encarar de frente un cierzo que me acartona con sus heladas las orejas. Mi pelo ya no aguanta más escarchas ni los soplos del viento de un norte, por el que he caminado tan a menudo, que me conozco de memoria sin llamar al asistente de turno del duro plástico rugoso del salpicadero. No tengo fuerzas, ni ganas para un interrogatorio monótono en la austera comisaría gris de cualquier Furillo triste y su también triste canción azul, cansada. No tengo fuerzas, ni ganas. Lamento pervertir la inocencia nívea de tus previsiones y me corroe adivinar la decepción plantada en la sala contigua de tus ansias. No eres tú, no es personal, soy yo. Yo, sólo yo, y los miles de desaires que me despeinaron el flequillo engrasado de la paciencia y me han convertido en la cínica que hoy me habita desalmada. Llegas tarde para todo y para cualquier cosa; para la cita, para el amor, para el café. Ni siquiera ya llegas a tiempo para el dolor que puedo ser capaz de infringirte si te quedas.

Fandangos encajonaos

Cuando escucho la lluvia en los cristales,
pienso en la suerte que yo tengo.

Cuando escucho la lluvia en los cristales,
pienso en la suerte que yo tengo.

Que el trigueño de tus ojos me alimenta
y del agua de la lluvia me mantengo,
cuando corre por los bordes de tu calle.

No concibo esta tierra sin tu risa.

Yo quisiera que mi mente se alejara.

No concibo esta tierra sin tu risa
y yo quisiera que mi mente se alejara.

Mil años que entre vivos yo habitara,
otros tantos me quedara en tus caricias
aunque el toque de tus manos me abrasara.

Me dices que me vaya cuando quiera
y yo abrazo esta cruz de mi destino.

Me dices que me vaya cuando quiera
y yo abrazo esta cruz de mi destino.

Que lo andado se me clava entre los ojos
y no encuentro pa mis pies otros caminos
que el que un día me llevara hasta tu vera.

Tiré la caña en la arena
y pesqué rayos de colores

Tiré la caña en la arena
y pesqué rayos de colores.

Las conchas traían estrellas escondidas en sus cofres
para alumbrar la linterna del faro que mira al norte,
que el farero se ha dormío, arropado por la noche,
y el faro no se ha encendió.

Y sin embargo?

Me fui de ti. ?De la sal
de tus lágrimas ?de agua dulce
y de las correntías ?de los riachuelos
adheridos a tu asfalto. ??

De ti. De la calma chicha del ocre
mortecino de las farolas fúnebres
de tus avenidas. Me desprendí
de la crueldad dolosa del polvo
gris de tus ocasos verdes,
de tu cadalso marmóleo,
de la execrable lengua
de tu exterminio infame.

Me despegué de la piel ?la humedad
sofocante ?de tu recuerdo añejo
y el hastío desolador
de tu asfixiante parálisis.

Me arranqué de las uñas
el barniz atarácico
del conformismo.
Miré hacia dentro
y descubrí mi carne putrefacta
desbriznándose entre las migas ?
que señalaban al olvido
el camino de vuelta.

No hay memoria ?para la raíz desnuda
de tu invierno eterno.
Sólo frío, muerte ?

y abismos.

Agenda

Los días parecen inagotables en este interminable invierno

y aún así,

algo
nos da

las alas para sobrevolar
sus horas,

algo
nos sobrepone
al cansancio gris
que se filtra por sus aterciopelados
guantes de óxido verde.

Una punzada agazapada
que espera en la baliza elevada de una calle

sin salida;

un rostro, una llamada,
un alelo,
un nombre;
un impulso que,
apresurado,
nos mete a empujones en el desolado metro

de las 24
cero
uno...

Japonea

Muero en tus calles,
que el río baña en plata
y endulza el aire.

Calles de seda
que me llevan soñando
por la Alameda.

Las jacarandas
van vistiendo de malva
parques y plazas.

El sol se duerme
a la nana de un río
que el sueño mece.

La luna llora.
La consuelan con tino
las amapolas.

Luna, no llores.
Tus pies besaron reyes
y emperadores.

Duerme en Sevilla,
deja al azahar taparte
con su mantilla.

Ay, mi Sevilla.
Que la luna no pierda
su tierna silla.

Aunque se fuera.

Ya vendrá cuando asome
la primavera.

Es lo que tiene
prenderse de una tierra
que muere en verde.

REX

Ya está bien por hoy,
y por ayer,

mañana y siempre.

Dejo varado en este dique
el cetrino viento exaltado
del suroeste.

Claudico
clavo la forja oxidada
en el musgo descompuesto
por la tibieza de esta humedad
fúngica.

Renuncio
huyo con la piel cubierta
por el apremio ciego y errático
de un animal liberado,
libre, desatado,
libre, libre.

Salto al vacío hueco,
angosto,
desconocido.

Las ratas coronan la palidez flavínica de mi frente regia.

ÁNADES

Nixe trae las aguas turbias
al remanso estancado
de este lecho.

Revierte el caudal parduzco
en la fuente. Muere ocre el día,
ennegrecido por la vasta corriente
que alcanza, vehemente,
el raudal sinuoso de las ansias.

Sumisión inefablemente
muda. Entrega inconfesable.
Rendición arcana.

PALPITA

El terso perfil de la quejumbre
se desmarca rompiendo
la línea
recta que cierra
el contorno de la cruz clavada
en la pared blanca del salón
cuadrado. Se inclina hacia
abajo.

Gota a gota roja.
Gota a gota espesa.
Antes de coagularse
frío, se desangra
incandescente
y baja.

El flujo rojo puebla la veta
ámbar de la tarima castaño
y se extiende
arrastrando
la contractura auricular
agonizante,
sin aire. Deslizándose por
el muro niveo
 sinuosamente
baja.

El ventrículo cian
desciende
por el canal de estaño
gris de la terraza.
Baja
herido,

baja leso, irregular,
curvado, imperfecto
baja.

Se deshace del marco
opresor, tirano,
absolutista y baja
exangüe,
azul,
glacial, inerme,

sin residuos que arrastrar,

se escapa.

Números Primos

Quién puede enfrentarse
a esta marea que seca con su sal
hasta el último terrón acuoso
del bazo extenuado.

Quién se licúa en este incendio
que arrasa campos sembrados
de espantapájaros llenos
de cuervos negros.

Quién lanza entre las ramas
impenetrables los últimos
destellos blancos pidiendo ayuda:
eseoese, eseoese, eseoese.

Quién desfibrila este músculo
arrítmico que se para,
tac, se para, se para,
resiste, tac, tac.

Quién reanima el pecho
insuflando la última gota
de aire derramada
por el último resquicio
de tiempo que se acaba,
boquea, se acaba,
expira, se acaba.

Carne, sal,
músculo inmóvil, invierno.
Autodivisión extinguiible.
Vuelta al mil nueve.

VIERTEAGUAS

No siempre fui charco de lluvia
esparcida sobre los adobes
de barro descarnado
ni luz oscilante entre los cañizos
ocres de las palmas desplegadas
del voladizo.

A veces fui la gélida sombra del tejado
y me deslicé por la boca azul
del caño de plomo en el que arrastraba,
entre mis cejas abiertas,
tu espacio.

Lámpara de sal

Te vas y me cierras todas las puertas,
las pesadas cortinas, las persianas blancas.
Me apagas la luz, el gas, el oxígeno
y me sumerges en la eterna oscuridad
incierto de este lugar desconocido
y frío en el que trato de sobrevivir
sin tus pedazos.

Te vas y sueltas una bomba de humo
que llena de muerte y destrucción
el espejo del baño, las tazas de café,
la lámpara de sal.
Me dejas sin máscara de gas, desarmada,
al amparo de una piel deshabitada
que se resquebraja
y deja pasar la sequedad de un techo
que se desploma y me aplasta.

Te vas y me lanzas una palabra
cargada de metano que va directa
al centro de la pira de la culpa y la tara,
coagulándome la sangre,
que lucha por deshacerse del trombo enfermo
que penetra entre sus venas.

Insomnio, humo, desierto, silencio a gritos,
desgana y la ausencia
que rezuma por las pezuñas herradas
de un hipocampo hipermétrope
que espera, inevitablemente, tu vuelta.

VIEJA

A veces siento que te alejas
pero vuelves.

Dejas en mí una arteria
necrosada por hipotermia.

El frío va llegando al centro mismo
de la memoria habitable
y cada intento de fuga es un centímetro cuadrado
de carne seca sumida en la oscuridad asfixiante
de la despedida.

A veces siento que te alejas
pero vuelves.

El pelo se me quiebra,
se resquebraja y queda sobre mis hombros
un mechón de estopa dura y áspera
que se adentra hasta el mismo poro hendido
que lo marchita, emblanquece al observar
como te vas perdiendo en cada paso
que te aparta.

A veces siento que te alejas
pero vuelves.

Me invade la prisa, el miedo,
la urgencia. Se me vacía la sangre de aire
ahogando cada glóbulo trémulo que se altera
por la espera de la voz que al otro lado da respuesta.
Me quedo sin alma, sin oxígeno, sin fuerzas.

A veces siento que te alejas
pero vuelves.

Cada vez más débil, más extenuada,
más vieja vuelves.

Seguirás llegando entre imágenes

y ruidos que se van volviendo tenues,
lejanos, etéreos
hasta que tus uñas muertas arañen la arena
y mis manos azules se empapen de olvido;
ese punto geográfico en el que plantaré las raíces
de tu azalea para seguir volviendo a ti
hasta que tu esencia desaparezca de la frente,
las yemas de los dedos,
el reloj celeste de tu salón de caoba rojiza.